

DOCUMENTO NÚM. 4

El asalto a los “empeños”, una explosión popular¹

Ramón G. Bonfil

Este escrito no tiene pretensión de ser una investigación histórica, ni siquiera de ser una aportación para precisar o esclarecer hechos importantes de la etapa armada de nuestra Revolución. Es simplemente el relato de una escena que me impresionó vivamente cuando niño, ya que fui testigo y en cierta medida actor de ella, y cuyo recuerdo no se me ha borrado a lo largo de muchos años. Por ello no me cuido de precisar fechas ni personajes, y simplemente narro los hechos como los recuerdo.

Los años de 1914 y 1915 estuvieron, para quienes vivíamos en la ciudad de México, llenos de peligros y privaciones, sin importar la edad ni condición social: el abandono de las labores agrícolas y ganaderas, por una parte, habían disminuido lógicamente los víveres disponibles, y por otra, las diversas facciones en pugna acaparaban granos, carnes, frutas y semillas en las zonas que permanente o temporalmente controlaban, a fin de abastecer a sus tropas o simplemente para impedir que el “enemigo” los utilizara en su provecho.

¹ Ramón G. Bonfil, “El asalto a los ‘empeños’, una explosión popular”, en Alicia Olivera Sedano (coord.), *Mi pueblo durante la revolución*, vol. 1, México, INAH, 2010, pp. 71-76.

además, las comunicaciones, vale decir los ferrocarriles, se ocupaban preferentemente para movilizar tropas y eran objeto de frecuentes “voladuras”, por lo que la capital de la República sufría de escasez de alimentos, al grado de que pan, tortillas y frijoles eran artículos de lujo, y obtenerlos, tarea que ocupaba horas e incluso días formando “colas” interminables para conseguirlos en cantidad reducida.

Por lo demás, los asaltos a mano armada, el allanamiento a domicilios particulares, el cierre de empresas con el consiguiente aumento de desempleo y la alarmante elevación de los precios, hacían punto menos que imposible la vida en la capital. A todo ello se aumentaba la abundancia de papel moneda devaluado y que cada facción emitía y hacía circular para cubrir sus gastos, llegándose a encontrar en el mercado “sábanas” zapatistas “dos caritas” “revalidados”, y emisiones de bancos estatales, carentes de valor, y que en ocasiones se nos daban a los niños para jugar.

La mala alimentación y las privaciones favorecieron la aparición de enfermedades como la escarlatina, la viruela “negra” y el tifo; la carencia de medicinas aumentó las defunciones y en el jardín de Loreto, lugar en que se abordaba “la gaveta”, tranvía popular para transportar los cadáveres a la fosa común en Dolores, se formaban hileras de éstos, frecuentemente envueltos simplemente en un petate, que en ocasiones estaban ahí dos o tres días, no obstante que el tranvía estaba acarreado muertos todo el día.

La ciudad cambiaba de autoridades continuamente, pues tan pronto estaba en poder de los villistas, como de los zapatistas, de los “convencionistas” de Eulalio Gutiérrez o de Roque González Garza, o de los carrancistas de Pablo González o de Álvaro Obregón. Cada facción abandonaba la capital cuando los atacantes eran superiores en efectivos o en armamento o simplemente por medidas tácticas; pero todos buscaban reconquistarla, porque en el interior del país y en el extranjero “ocuparla” era signo de superioridad y daba prestigio. No siempre el cambio de autoridades se llevaba a cabo para impedir la carencia de ellas por algunas horas, y por lo mismo había lapsos en que la capital estaba desguarnecida.

Yo era un niño que cursaba el cuarto año y que antes de las ocho de la mañana me encaminaba a la escuela, para regresar a las doce y volver a clases de tres a cinco.

Una mañana, posiblemente durante el mes de agosto de 1915, en mi camino diario encontré una agitación y una multitud arremolinada en torno al “empeño” de la calle, los “empeños” eran casas de préstamos que iban desde un peso o fracción hasta miles de pesos, según la calidad de las prendas a empeñar. Generalmente la planta baja de los edificios se destinaba a mostradores en donde se concentraban las operaciones, y los pisos superiores eran bodegas en donde se clasificaban y conservaban los artículos empeñados. Los intereses eran crecidos y los plazos no mayores de tres meses; pero así y todo, los “empeños” eran un alivio a las condiciones de extrema pobreza que sufría el pueblo, que en ocasiones esperaba que abrieran el empeño para obtener algún dinero y poder costearse el desayuno o los alimentos del día. Generalmente los propietarios de los empeños eran españoles.

En fin, como niño que era, me sumé a la muchedumbre y traté de averiguar el motivo de la terrible agitación: multitud de hombres y mujeres forcejeaban por trasponer las puertas del empeño, mientras otros salían cargando los más diversos objetos que los que permanecían afuera trataban de arrebatarles. Desde los pisos superiores, por los balcones, algunos hombres arrojaban a la multitud cobijas, ropas, cuadros y hasta instrumentos musicales! que, por supuesto, al caer se hacían pedazos, no obstante lo cual eran objeto de rebatiña. El colmo de esta “juria” fue cuando entre dos hombres, desde el balcón, balancearon una máquina de coser y la arrojaron, haciendo que la gente se replegara y la máquina se estrellara en el piso.

Yo participaba en el acto buscando las orillas para no verme envuelto en las olas de gente que avanzaban y se replegaban continuamente; pero me sumaba a las exclamaciones y a los gritos que arrancaban los envíos de las bodegas y las pugnas de la calle. Por supuesto que tenía pocas oportunidades de apropiarme de alguna prenda, pues los más fuertes se imponían y aun despojaban de sus ganancias a quienes ya las habían adquirido. Repentinamente ad-

vertí que una gran libreta con lomos de gamuza estaba tirada en la banqueta y nadie le hacía caso; la recogí y ya con mi botín regresé a mi casa, porque la muchedumbre crecía minuto a minuto y, según corría el rumor, todos los empeños, y eran muy numerosos, habían sufrido la misma suerte que el de San Antonio Tomatlán.

El recibimiento en mi casa no fue nada agradable, sino una reprimenda por haberme detenido en el escándalo del asalto al empeño y sobre todo por haber recogido la impresionante libreta de lomo de gamuza, que era, naturalmente, para la contabilidad de aquel negocio.

La gente que iba por las calles, sin más objeto aparente que participar en los hechos del día y recoger informaciones, comenzó a correr el rumor de que las tropas de Pablo González habían tomado la ciudad y que se desplegaban, armadas, para imponer el orden y contener los saqueos que se habían generalizado en toda la ciudad. Efectivamente, poco después del medio día comenzaron a recorrer casa por casa piquetes de soldados exigiendo las facturas de máquinas de coser, muebles y objetos de valor; quienes no tenían esos documentos para acreditar su propiedad, ésta era decomisada y los poseedores conducidos al cuartel más próximo. Esto prendió una alarma exagerada en todas las casas, pero particularmente en mi madre, que me suponía, no sin razón, uno de los participantes en la rapiña y buscaba la manera de deshacerse de mi lujosa libreta de contabilidad. Al fin me ingenié para subirla a la azotea, donde se estaban haciendo obras de resanado y había montones de arena, debajo de uno de los cuales escondí mi hurto. Pasó el piquete de soldados, revisó mi casa y no encontró ningún objeto de valor, por lo que se retiró y tranquilizó un tanto a mi madre.

Hacia las tres de la tarde, como la agitación del pueblo no cesaba, salí a escondidas a la calle y, a dos cuadras de mi casa, sobre la calle de San Antonio Tomatlán, presencié un hecho insólito: un cargador de los llamados “de número”, que cargaba una pesada máquina de coser, fue detenido por un piquete de soldados que le exigía la factura de ésta; el pobre hombre se deshacía en explicaciones de que había sido contratado para llevar la máquina a un do-

micilio que llevaba apuntado, pero tras una breve alegata, el cabo que mandaba el piquete de soldados ordenó que se pusiera frente a la pared y dio la orden de “fuego”, fusilando a aquel infeliz que no tenía más delito que alquilar su trabajo. La gente manifestó indignación, pero el cabo ordenó que se apuntara con los máuseres a los inconformes, quienes a regañadientes se dispersaron, dejando tirado en la banquetta el cadáver del cargador y procediendo a “decomisar” la máquina de coser.

Todo el día la ciudad estuvo en efervescencia; los atropellos se multiplicaron por todas partes; mucha gente fue despojada de sus legítimas pertenencias; los objetos arrebatados a los empeños fueron recuperados en gran medida, pero no volvieron a sus legítimos dueños. Corrió el rumor de que al iniciarse los asaltos, los españoles dueños habían salvado gran parte de las joyas empeñadas, que se dieron por perdidas. La consecuencia importante de este estallido de la ira popular fue que se cancelaron los permisos y desaparecieron para siempre los empeños que se habían multiplicado por todas partes.

